

colorchecker CLASSIC



LAS FIESTAS  
DE  
SEVILLA  
POR  
SANTIAGO ESTRADA



MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ M. DUCAZCAL  
Plaza de Isabel II, núm. 6  
1889

*Reg.* 2457



OBRAS DEL MISMO AUTOR

(EN PRENSA)

DE VALPARAÍSO A LA OROYA.  
DEL ATLÁNTICO AL PACÍFICO.  
ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.  
DISCURSOS.  
MISCELÁNEA (2 tomos).  
TEATRO.  
JOSÉ M. DE ESTRADA.  
EN LA MADRE PATRIA.

Barcelona, Imprenta de los Sucesores de Ramírez.

LAS FIESTAS

DE

SEVILLA

POR

SANTIAGO ESTRADA



MADRID

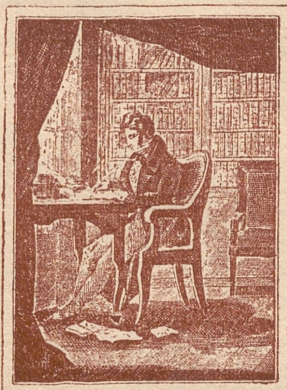
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL  
Plaza de Isabel II, núm. 6

1889

XII  
/M



*Biblioteca del*



*Museo Romántico*



LAS FIESTAS  
DE  
SEVILLA

POR  
SANTIAGO ESTRADA



MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ M. DUCAZCAL  
Plaza de Isabel II, núm. 6

1889

*Req.* 2457



XII  
14



Santiago Estrada dedica á las Autoridades de Sevilla, á los literatos que le oyeron leer con benevolencia, á la Prensa de Madrid que le ha honrado, el siguiente fragmento de su libro

### En la Madre Patria

y del estudio que en él consagra á los monumentos de la histórica y poética ciudad del Guadalquivir.







*Museo Cervantes*

## LAS FIESTAS DE SEVILLA

---

Después de haber presenciado la ceremonia religiosa del Domingo de Ramos en Palacio; de haber visto desfilar, entre alabarderos, los cantores de la Real Capilla, el Clero, los Nobles, la Reina Viuda, las Infantas y las Camareras de S. M., llevando en las manos cogollos frescos de palma bendita; de haber contemplado una mujer infeliz que, con un niño en brazos, no se atrevía á presentar á la augusta señora un Memorial, y de haber advertido el movimiento bondadoso de la Regente, compadecida de su timidez, para recibir benévola la súplica, me sentí como impulsado á contemplar realmente el humilde lavatorio de los piés á los doce pobres el Jueves Santo, y la adoración conmovedora de la Cruz el Viernes, en la cual el Monarca Español, desde remota época, extiende mano misericordiosa al condenado á muerte, conmutándole la pena "para que Dios le perdone á él también., Pero la fama de las fiestas de Semana Santa de Sevilla, que con las de



Roma han atraído la admiración del mundo, y, sobre todo, suscitado el interés de los viajeros por instinto, llamábame desde la ciudad de San Fernando. Me decidí por Sevilla, y el Miércoles Santo salí de Madrid, contemplando desde el tren expreso, á la moribunda luz del crepúsculo, el cerrillo de los Ángeles, rematado con un templo, que es como la columna miliaria que determina el centro topográfico de España.

En el momento de detenernos en la estación de Córdoba, alboreaba el día, un tanto adelantado al llegar á Lora del Río, donde compramos naranjas que olían á azahar, y ya alumbraba el sol á sus anchas cuando empezaron á sucederse olivares, huertas, cortijos, campos salpicados de amapolas, chopos esbeltos y encinas aterciopeladas, estaciones con los andenes cubiertos de gentes risueñas, de plantas de rosa y de jazmín, y de mujeres frescas como las flores que llevaban en la cabeza, y, por último, las vueltas y revueltas de la corriente impetuosa del Guadalquivir, que baña una parte de las praderas de la Bética. ¡Ensueño de Granada, flor de Sevilla, "graciosa como los sonos del bolero," te me apareciste en esa hora, como otras veces, dormido ó despierto, cantándome al oído las dulces é innominadas canciones de la primavera de Andalucía!

¡Sevilla! Para juzgarla con el criterio ligero de los visitantes por moda ó por lujo de París y Londres, bastan pocas palabras. Para describirla con la pluma de Becquer ó diseñarla con el pincel de Villegas, sería necesario emplear muchos meses y contar con muchos momentos de inspiración. Sevilla,



lo ha dicho De Amicis, no tiene parecido, y principalmente, añadido, para el artista de la raza española. Su Alcázar, maravilla del arte musulmán puro, bastardeado más tarde por el arte mudéjar, derivación del gótico germánico, testigo elocuente de la lucha secular y legendaria de la cruz y de la media luna, trazada aquélla y borrada ésta después de la victoria, en los frisos, ajimeces, fustes y azulejos de sus patios portentosos; su Basílica ojival, inspiración brillante de la fe y del arte de arquitectos y alarifes que labraron sus piedras, según refiere la crónica, como si fueran ángeles que edificaran para gigantes, cumpliendo el encargo del Cabildo, empeñado en fabricar templo "tal y tan bueno que no haya otro igual;," la fachada cubierta de porcelanas del convento de Santa Paula; los blancos miradores de las moradas suntuosas; las ruínas de las murallas de los Emperadores, que defendían el circuito de la población; las memorias de una raza heroica que pugnó siglos y siglos, venciendo al fin, por la religión y la patria; la habitación española ingertada en la casa arábica, como el resultado de un choque producido por un cataclismo; los arcos de alguna fábrica grandiosa maltratada por las máquinas de guerra ó destruída por el tiempo, más fuerte que la voluntad del hombre, que alcanza á descubrir sus misterios, pero que no consigue dominar su poderío; los templos, severos como la oración de sus guardianes y el tañido de sus campanas; los monasterios, austeros como el sacrificio de las almas que conservan encendido en ellos el fuego sagrado; las columnas romanas diseminadas como los miembros



despedazados de una ciudad antigua debelada en cruentas batallas; la cárcel de Justa y Rufina, ángeles tutelares, coronados con la guirnalda del martirio; los sepulcros de Fernando el Santo, de Alonso el Sabio, de Guzmán el Bueno; las ruinas de Itálica famosa, tapizadas de jaramago; el mustio collado que sucedió á la ciudad, cantado por el poeta Rioja, cubierto de olivares; las orillas encantadoras del Guadalquivir, dominado por la maciza estructura de la Torre del Oro; la Giralda, conmemorativo monumento de la victoria de los moros en Alarcos, que segaron con sus alfanjes la flor de la caballería española, empinándose sobre los patios orientales, perfumados por las rosas y las gardenias; los palacios de piedra ennegrecidos por el musgo; los balcones, adornados con claveles para atraer las miradas y cruzados con palmas benditas para desviar los rayos; las torres resquebrajadas por las vibraciones de la tierra; la Biblioteca Colombina formada por Fernando Colón con los libros en que su padre encontró el presentimiento y el camino del Nuevo Mundo ignorado; el Archivo de Indias, depósito de los retratos, cartas de navegación y papeles históricos que constituyen el árbol genealógico de la familia americana, como también el Memorial que el autor del *Quijote* dirigió, en día de desconsuelo, y tal vez de hambre, al Rey de España, pidiéndole, como asilo de su última esperanza, un empleo en esas comarcas en que ahora encuentran la fortuna las gentes desocupadas de Andalucía; el modesto albergue de la Cuesta de Castilleja en que pasó los últimos años y murió desvalido el esforzado conquistador de



Méjico; el busto de piedra de Don Pedro el Cruel, que él mismo, recordando la exposición en los caminos de los miembros de los malhechores, hizo colocar en la calle del Candilejo, en castigo de haber atravesado un hombre de parte á parte; el Museo que contiene la flor y nata de los lienzos de Murillo, el pintor real de lo ideal; la iglesia de la Caridad, enriquecida por su genio plácido, formando contraste, allí mismo, con el numen sombrío de Valdés Leal, el pintor ideal de la horrible realidad, representada por la descomposición cadavérica; las estatuas inimitables de Montañés, de Roldán y de su hija, más elocuentes todavía, por razón del color, que las célebres esculturas de los maestros italianos, que infundieron calor y aliento al mármol frío é insensible de las canteras de Carrara; las calles estrechas y tortuosas en que los vecinos se dan la mano de ventana á ventana, en las cuales, por la noche la soñadora imaginación ve discurrir moros apuestos, embozados en blancos y amplios albornoces; los nombres de las vías públicas, recorridas incesantemente por gente bulliciosa, vendedores de frutas, aguadores, criadas, toreros y soldados, que compendian la crónica antigua y moderna, desde los de Itálica y los Reyes Católicos, hasta los de Fernán Caballero, Wismmann, Becquer y Rafael Calvo; los chulos retrecheros que van y vienen paseando sus amores y desparramando sus chistes; las chulas salerosas, que sin que el agua siquiera les sirva de espejo, se enredan primorosamente en los cabellos relucientes nardos y violetas; los ojos de gacela que sirvieron de modelos á los pintores de la escuela



sevillana; el cielo de záfiro en la borrasca, de turquesa en la calma, al parecer transportado del Paraíso, y los cármenes que revientan plantas y las plantas que revientan flores, reminiscencias del Edén perdido; el ambiente aromatizado por los azahares y las acacias, que despidió á Colón en el Puerto de Palos, al partir para América, y que se adelantó á recibirlo, dándole la bienvenida, en las inmediaciones de San Salvador; los rostros, sin vestigio de pesares, con antifaz de alegría, y las ruinas, sin huellas de alimañas, disimuladas por el alelí rastroero y la yedra trepadora; las fisonomías atezadas, los colores brillantes de los vestidos, los cantos chispeantes de la sultana andaluza, constituyen un conjunto típico, sin precedente, sin parecido, que impresiona el corazón, que estimula el entendimiento, que enardece la fantasía, hasta el punto de no encontrarse palabras en la memoria para traducir la emoción que se apodera del visitante. Contemplando á Sevilla primero y tratando de describirla después, compréndese la dificultad de reproducir el ideal de diversa manera que como le vimos representado en una ciudad, un monumento, un cuadro, un canto ó un libro, resultando impotente una arte para dar idea cabal de la creación de otra arte, pues el lápiz no puede repetir al entendimiento lo que la pluma le dijo, ni el buril representarle lo que la lira le cantó. De la misma manera que si todos los pueblos desaparecieran del haz de la tierra, entre el polvo de la catástrofe asomaría Italia, cisne de las naciones, para entonar el himno de muerte, del rumor de universal cataclismo, se



destacarían los acordes de las guitarras sevillanas, acompañando soledades y malagueñas, al pie de los balcones andaluces, y crónicas y leyendas al pie de los muros del Alcázar, porque la Bética ha sido teatro de las hazañas y nido de los amores de moros y cristianos. Detenido en el camino escabroso que conduce á las cumbres, que no he escalado, mi fantasía ha encontrado en Sevilla algo que me ha dilatado el pecho oprimido por el desaliento. Sevilla, como ha dicho mi amigo el gaditano Manuel Blanco, es la Florencia de la familia ibérica.

Al llegar por segunda vez á Sevilla encontréla vestida de fiesta: en los árboles las hojas, en los jardines las aves, en las calles mucha gente, en los hoteles viajeros de todas partes, enviados como encargos por la Agencia Coock, en las plazas inglesas con velos de mujer en la cara, é inglesas con sombreros de hombre en la cabeza, en todas partes penitentes y soldados romanos con emplumados yelmos, disfrazados para las procesiones. Destruído el cimborio de la Catedral, gloria de los alarifes del siglo xv, apuntaladas las naves en previsión de nuevas ruínas, las fiestas de Semana Santa, objeto de universal curiosidad, tenían lugar en espacio relativamente reducido. La Capilla adyacente á la Catedral, llamada del Santísimo Sacramento, que es un templo primoroso, no puede contener el célebre monumento grecoromano de Pedro Florentín, que se colocaba en el trascoro, iluminado por cuatrocientos cirios de cera y ciento veinte lámparas de plata. Después de doblar la rodilla bajo la esculpida bóveda, conducido por los recuerdos que su



nombre despierta, visité la casa de Pilatos, antiguo palacio de los Duques de Alcalá, poseído ahora por la casa de Medinaceli. Construyólo en el siglo xvi el primer Marqués de Tarifa y Virey de Nápoles, D. Fadrique Enriquez de Rivera, según un diseño de la casa de Pilatos. Sus sucesores hicieron traer de Italia los bustos y fragmentos de antigüedades romanas que adornan los patios. Se dice que esta casa fué la primera estación de una Vía Crucis, que contaba el mismo número de pasos que dió Jesús desde el pretorio hasta el Gólgota. Visité con recogimiento las reproducciones del pretorio, la sala de los jueces, el sitio en que fué amarrado Jesús á la columna, y el lugar en que se firmó la sentencia de muerte del Salvador del Mundo. Por entre los hierros de una ventana del Renacimiento, copiada por Villegas, divisé el jardín umbroso, en el cual florecían los rosales y cantaban los pájaros melancólicamente para mis oídos, predispuerto como estaba el ánimo á recibir impresiones tiernas y poéticas, relacionadas, por decirlo así, con el ambiente moral del día.

Acababa el reloj, con la muestra hacia la plaza de San Fernando, plantada de naranjos, á la sazón en flor, y de palmeras frondosas, levemente agitadas las pencas por fresca brisa, de dar las cinco de la tarde del Viernes, cuando ocupaba con otros americanos uno de los palcos improvisados, á la manera de los que levantaban los antiguos para presenciar los torneos, en la plaza de la Constitución, á la cual miran el frontispicio del Ayuntamiento, mitad plateresco y mitad grecoromano, y la fachada del



Palacio de los Tribunales. Desemboca en esta plaza la original calle de las Sierpes, celebrada en todas las descripciones de Sevilla, estrecha, sin aceras, foco de los círculos sociales, de los cafés, de las tiendas, de los puestos de los vendedores de periódicos, pájaros y flores, especie de aorta de la circulación humana en la ciudad de San Isidoro. Cara á cara de la fachada del Ayuntamiento, elévase aquel famoso lienzo de pared, cubierto de balcones de diversas arquitecturas y categorías, apoyado en una galería baja, sostenida por columnas de mármol, que contribuye con el mayor número de huecos á formar la cifra de los trescientos, abiertos en el paralelogramo irregular que constituye la plaza. Tanto en los palcos, como en los balcones enunciados, hormigueaban los rostros y se movían las cabezas cubiertas de las mujeres y descubiertas de los hombres, destacándose, como contraste pictórico, del color opaco de los vestidos de éstos, la nota blanca de las mantillas de aquéllas, asomadas á los balcones, desbordantes de rostros hermosos, como de flores todo el año. Por más que uno haya leído ú oído describir las procesiones de Sevilla, seguramente no alcanza á formarse idea cabal de su magnificencia. Aquellas largas filas de penitentes, interrumpidas de trecho en trecho por los pasos de la Pasión, esculpidos por Montañés, Roldán y la Roldana; aquellos tronos de plata y oro, cubiertos de flores y candelabros primorosamente labrados en los mismos metales; aquellos mantos de terciopelo recamado de las estátuas de la Dolorosa; aquellas caídas bordadas de las andas; aquellos vestidos de seda de las cofradías; aque-



llos cirios de colores; aquel clero que camina con paso mesurado y actitud recogida; aquellas tropas con las armas á la funerala; aquellos grupos de niñas representando ángeles y sibilas; aquellos soldados cubiertos de hierro el cuerpo y de acero la cabeza; aquella guardia de la caballería romana que precede á la urna que encierra la imagen de Jesús muerto; aquellos cantos religiosos, impregnados de mística unción; aquellas saetas entonadas por una voz sola, aguda, penetrante, que suceden al canto llano; aquellas músicas destempladas; aquellas figuras blancas con blandones en la mano, que, al anochecer, parecen fantasmas; aquellos uniformes engalanados de las autoridades; aquel agrupamiento silencioso de espectadores admirados; aquel mosaico de tipos extranjeros, atraídos por la fama de la incomparable ceremonia; aquella bóveda azul como el mar Tirreno; aquella Giralda, que se vé de todas partes, dominando el vasto cuadro, en torno de cuya veleta giran las águilas, buscando sus nidos en la linterna del monumento; aquella noche que alumbran la luna en el plenilunio, las estrellas en el cielo, las antorchas en la tierra; aquel perfume del ambiente, formado por los azahares de los patios moriscos y de los jardines de las plazas, que Colón recordaba al percibir, por primera vez, las emanaciones del Nuevo Mundo, llamándolas en su diario "dulces y fragantes como las brisas de Abril en Sevilla;" aquella maravillosa escena, finalmente, parece una fantasía de la mente cristiana, más que una realidad, en que la religión, la naturaleza y el arte aunados, han apurado los tesoros de la poesía y de la riqueza para



rememorar el sacrificio fecundo de la redención del hombre.

Al día siguiente, de la Catedral, en que, hace poco tiempo, los primeros tenores del mundo cantaban en esos días, la música sacra de Palestrina y Eslava, hasta el Alcázar, y desde el albergue encantado de los moros hasta el Museo de Murillo y Zurbarán, y desde la Iglesia de la Caridad hasta la Alameda de las Delicias, el espíritu tuvo ancho campo para deleitarse. Cubierto el Paseo de carreteras descubiertas, tiradas por caballos, yeguas, mulas con colleras, y de jinetes caballeros en preciosas hacaneas, pocos cuadros tan animados volveremos á presenciar. Sobresalían entre los coches la victoria de Cara Ancha, el matador de toros, y el break del Gordito, su predecesor; entre las gentes de á pie, predominaban los trajes pintorescos de las gitanas, los pañolones de Manila de las chulas, las monteras de algunos barbianes, los calañeses de los toreros, los vestidos flamencos de los niños, los tocados de las nodrizas pasiegas, y entre las que circulaban arras-tradas las sedas, los encajes, los velos de chapa negra y blanca, las mantillas de madroños, y, sobre todo, los ojos grandes é intencionados, tan bellos como los de la mujer del pueblo, guardadora fiel de ese detalle característico de la fisonomía de los árabes. Dijo el poeta que sobrepasaba á todas las dulzuras, amar á orillas del fresco Guadalquivir, en el momento de extinguirse la luz del sol. Apróxima á esa situación del alma el contemplar la mujer de Sevilla, bondadosa é inteligente, despertando con su gentileza, la memoria de la lejana que amamos,



y que un día se nos presentó sin artificio iluminado el rostro con dulces miradas y adornada con flores perfumadas la soñadora cabeza.

Al Prado de San Sebastián, á la Feria, á ver hombres cuya vida no pelagra y animales que no matan; á respirar aire puro, á contemplar mujeres hermosas y bailes populares, á oír guitarras y bandurrias tocadas por lo alto y por lo fino, pulsadas por manos blancas, que acompañan á cantadoras y cantadores flamencos, melancólicos en el cante hondo, y saturados de sal en las seguidillas y sevillanas. Divídese el campo de la Feria en dos espacios; rodeados por las casillas improvisadas, alfombradas y amuebladas, con butacas mullidas y pianos bien templados, á las cuales se trasladan muchas familias principales, pasando el día en ellas al reparo del viento y del sol. Flotan en todas partes banderas y gallardetes, izados en astas adornadas con el histórico escudo, concedido á la fidelidad de Sevilla por D. Alfonso el Sabio, con motivo de la rebelión de su hijo D. Sancho, y su inscripción geográfica: "no me ha dejado." Ocupan el centro las tiendas de los Círculos Sociales de la ciudad, descolando la del llamado de Labradores. Del lado opuesto se establecen los mercados de animales y cereales, cuyas operaciones se realizan en las primeras horas de la mañana, en que los ganaderos de calidad, los gitanos y los chalanes de malas mañas venden, compran y truecan caballos, carneros, cabras y puercos. Desde la Puerta de la Carne hasta el centro del Prado, se extienden dos filas paralelas de los que van y de los que vuelven, encontrándose á cada paso se-



ñoritos vestidos como los campesinos acaudalados, cabalgando briosos potros andaluces, gitanos, envueltos en mantas zamoranas, que se sostienen á duras penas en el anca de los burros, cocheros con anguarinas, labradores con marselesas, montañeses con zamarras, despachos de bebidas alcohólicas y azucarillos que parecen formados de espuma para hadas sedientas. En uno de los costados del teatro de la Feria agrúpanse las buñoleras, los que guisan á la española y fríen pescado á la andaluza, los despachos de cigarros y comestibles, los maese Pedro de los títeres, los gimnastas que trabajan bajo tiendas de lona, los pruebistas vestidos para el espectáculo, con el cuerpo ceñido por mallas de algodón, color rábano, los payasos con la máscara de yeso y almazarrón, los niños prodigiosos, cubiertos de medallas y de costurones, la charanga á cuyos desapacibles sonos se mueven los saltimbancos, los enanos, indispensables en las grandes ferias, las loterías y las rifas populares. Letreros reñidos con la Gramática, hasta el punto de ser más difícil que los autores se reconcilien con ella que el ratón y el gato, que los ladrones y las parejas de la Guardia Civil, anuncian todo eso, pintados en madera blanca ó en lienzos transparentes, alumbrados de noche con velas de sebo. Al caer la tarde empiezan las iluminaciones de farolillos de colores, y se enciende el gas de las arquerías, defendido del aire con globos de cristal opaco. Merced á él ni el que conduce machos, ni el que guía coche, ni el que monta burro tropiezan, á pesar de los vapores del manzanilla alojados en los desvanes del



cerebro. Estallan, como volcanes, en la oscuridad, los fuegos artificiales, y se oyen mezclados acordes incompletos de la habanera del *Certamen Nacional*, ejecutada por las bandas militares, de las sevillanas tocadas en las guitarras, y de algunos números de ópera reproducidos por los organillos callejeros, y se aspiran las emanaciones de las yerbas del Prado y de las flores de las tiendas, que las vendedoras colocan en el hojal izquierdo de las americanas y levitas de los mozos que se les aproximan. A esa hora regresan los niños, vestidos con trajes nacionales, bulliciosos ó dormidos, llevando de la mano globos de goma inflados, juguetes y latiguillos comprados en las tiendas de la Feria. Los tonos enérgicos del paisaje, el olor acre del campo al mediodía, y el vaho tibio y perfumado de invernáculo que se respira por la mañana en el Prado de San Sebastián, contribuyen á prestar á esta fiesta un sello particular, un color propio de primavera andaluza, destinado á hacerla imperecedera en la memoria del viajero observador. La Feria que sucede á las funciones de la Semana Santa en Sevilla es de tan acentuado color local, que no es posible se le parezca ninguna otra de las muchas que se celebran en el mundo. Para saber á ciencia cierta lo que es el despejo de una plaza de Toros, la salida de una cuadrilla, y el arte de Frascuelo, es necesario verlos en el medio ambiente de Sevilla.

El último día de los tres que abarca la feria de Sevilla, acerquéme á una de las casitas, llamadas de campo, en la cual bailaban danzas nacionales. Nada de confusiones de piés, nada de triquiñuelas coreográficas, y mucha soltura en los movimientos y



mucha animación en las fisonomías. Mientras que los otros bailan de la cintura para abajo, ellos se lo bailan todo desde la cabeza hasta los piés. Puede que contribuya á ello el jaleo, que es música de aplauso. Para bailar y cantar como se debe aires nacionales, es necesario haber nacido en la tierra que los produjo. Solamente dedos españoles hacen hablar las pande-retas y las castañuelas. La tarantela de Nápoles y la jota de Aragón, constituyen notas de color local inconfundibles. Dice un escritor español que las malagueñas y soledades, risueñas á la vez que melancólicas, mezcla proporcionada de la luz meridional y de la luz crepuscular, fecundan el germen de dolor que hay en toda alma. Substancialmente diversa la jota de Aragón, que sirve al hijo de esa gloriosa comarca para celebrar su tierra, su amor y su Pilarica, nada hay más vivo en el género que su compás ternario, que acompaña, en los guitarreros de los ciegos, la plegaria del Santuario y el romance de los muros de Zaragoza. España únicamente ha compuesto boleros. Confúndense algunas veces en su ritmo claridades y nublados del corazón. Cuando alegres, son como sonrisas de femenina boca que acepta la deseada declaración; cuando tristes, remedan la inflexión de la voz de una mujer próxima á llorar. Preludiad en la guitarra al español lejano de la tierra natal, una jota ó un bolero, é inmediatamente se le aparecerán la vega en que aprendió á cantar serenatas y villancicos, y las plantas de su jardín, y las aves de su huerto y las golondrinas de su balcón, como evocación poética de la patria.

La heroína de esas danzas y de esos cantos es la



singular narradora del barrio de Triana ó de la Macarena de Sevilla. Buena por naturaleza, tan pronto le agua los ojos el sentimiento, como se los pone rutilantes la alegría, que derrama su salero en la Fábrica de Cigarros ó en la de porcelana de la Cartuja. Devota de la Virgen de la Esperanza, predilecta de chulos y toreros, piadosa y enamorada, vá por esas calles esparciendo chistes ó derramando lágrimas, según se le presente la vida propia ó la ajena. Un balconcillo con un ramo de olivo bendito amarrado á los hierros, lleno de macetas de albahacas y de clavetes, alumbra y ventila el cuartito que habita, modesto y aseado, con las paredes enlucidas con cal y sahumado con alhucema en el invierno. Una que otra estampa de santo, uno que otro cartel con retratos de toros y toreros, hacen compañía, por regla general, á la bulliciosa pandereta ó á la indispensable guitarra, en buena amistad con una moña y una banderilla de la Plaza sevillana. Cada mujer presta algo de sí misma al adorno de su habitación, percibiéndose, desde lejos, el descuido de la desaseada y la proligidad de la hacendosa, en ropas y costumbres. La modestia de sus recursos, la laboriosidad de su vida, la limpieza de sus hábitos se revelan en el aspecto de la habitación de esa pobre muchacha, costurera ó cigarrera, á cuya puerta plañe un galán de su laya, trovador callejero y flamenco por lo fino. Ella se resiste; pero el desgarrado cante del que le gusta, como viene dirigido con buena intención, acaba por ablandarla. Desde el balcón le arroja una flor, que es como si le echara la llave de la puerta cerrada. Esa muchacha es la que cubierta la cabeza



con mantilla blanca, brilla como rosa de Mayo en los tendidos de la Plaza de Toros, la que canta en las meriendas campestres, la que deja flores en las huellas leves que imprime al pasar, la que al verla bailar arranca á los que la jalean el expresivo: "¡Tu mare!", y confundidos en una sola frase tres vivas entusiastas á España, Andalucía y los piés de alféñique!

Penetrar en la Plaza de Toros de Sevilla cuando el sol la baña por mitad, quedando la otra media á la sombra, convertida en una gran mancha de colores, con los tendidos cuajados de gentes de todos pelajes, importa contraer á la fuerza el empeño de no olvidar jamás ese trasunto modificado del circo romano. Abanicos con retratos de toreros, representativos de la plaza y de las corridas; mantillas blancas y negras; claveles rojos en las cabezas de señoras y de chulas; vestidos primaverales; chales de espumilla rebosando flores y avecillas deslumbradoras; sombrillas de mujeres de todos colores; quitasoles de hombres blancos y negros; sombreros de formas diversas; cintas teñidas en el espectro solar; agrupaciones de caras; millares de carteles en las manos; vendedores de manzanilla, camarones, bocas y avellanas; escanciadores de agua fresca; ingleses que protestan sin perder un detalle de la lidia; inglesas con pomos de sales en previsión de desvanecerse, que no pierden la pista á los toreros; amigos de los diestros amontonados detrás de la barrera; capas de los matadores extendidas en los antepechos de los palcos, ocupados por la familia ó los conocidos; ganaderos acoplados en el sitio que



les reserva la Empresa; el palco real cerrado; el del Ayuntamiento cuajado de invitados; la balaustrada del mismo cubierta con tapiz de terciopelo mordoré; el cartel blanco del día, con el retrato de las fieras, colocado sobre el tapete oscuro de la Presidencia; las manos dispuestas á aplaudir; los labios preparados para ensalzar ó vituperar; el aire agitado por las palmadas; los pañuelos blancos asomando la punta por los bolsillos, para simular, movidos por el entusiasmo, bandada de palomas echada á volar; miedo y palidez en unos rostros; arrojito y color febril en otros semblantes; pasión injusta aquí, estímulo generoso allá, deleite en éstos por el peligro, admiración en aquéllos por la destreza, gritos de ansiedad, gemidos de dolor, frases entrecortadas, monosílabos, insultos, vítores, rugidos del cornúpeto con el morrillo ensangrentado por las picas y las banderillas; relinchos de los caballos que llevan en los hijares la cornada; el Gordito que mata por instinto; el Espartero que mata como puede por temeridad; el Guerrita que mata como debe por destreza; táctico el primero, irreflexivo el segundo, malicioso el tercero; romántico por violar las reglas el sevillano, clásico por observarlas el cordobés, maestro el sucesor del Tato, por práctico y machucho; desmañado el que empezó matando, sin pasar de capeador á banderillero, seguro y gracioso el discípulo de Lagartijo, el de Sevilla expuesto á dejar huérfana á su hija, el de Córdoba envanecido de que no enlutará á la que ama mortal cornada; el aficionado empírico que goza del conjunto del espectáculo; el conocedor técnico de animales y suertes



que lo observa como crítico; los sombreros que caen á los piés del luchador triunfante; la petaca de pueros con que le premia el favorecido por el brindis del bicho; el valiente que saca al compañero de las astas del Miura enfurecido, que en seguida revuelve con los cuernos los intestinos de las caballerías muertas; el innoble cachetero que ultima la res agonizante; el levantarse, como un solo hombre, de los espectadores al terminar la sangrienta brega; los aplausos y los silbidos alternados de los diversos bandos; el cortejo de los combatientes, la vuelta á casa en carretela descubierta, ¡cómo podrá olvidaros quien os contempló, gentes, tipos, colores, animación, esfuerzos, arrojos, peligros; quien os oyó aplausos, reproches, maldiciones, estímulos, ingenio del hombre, encarnizamiento de la fiera, estocadas, cornadas, luces y sombras de la Plaza de Toros de Sevilla!

.....

Declinaba la tarde envolviendo en sus velos grises los jardines sombreados por naranjos y palmeras del palacio de San Telmo, la Torre del Oro, la orilla izquierda del Guadalquivir, los árboles de la Alameda de las Delicias, el Puente de Triana, y empezaban á brillar aquí y allá, á la distancia, las luces del barrio celebrado de las chulas, ennoblecido con la memoria de sus antiguas moradoras las patronas de Sevilla. La noche se desplomaba sin apagar los ecos lejanos de las músicas y los cantos de la Feria, cuando, dominado por un vago sentimiento de tristeza, me interné en la histórica ciudad, demandando al cielo, desde el fondo del alma, ¡que la peste



no invada otra vez la región encantada de la Bética, que los terremotos no desliguen las piedras de sus artísticos monumentos, que los ríos no se desborden sobre sus huertas feraces, que las cataratas del cielo no se desaten sobre sus cármenes fecundos, que la abundancia colme los graneros de sus ricas heredas, que la paz de la conciencia brille, cual el sol, en la frente de sus hijos hospitalarios, que la cruz de la Giralda domine, como símbolo perdurable de concordia, la labor de los campos y las tareas del hogar en la poética é inolvidable Andalucía!





